



Ginny Light

UNA CARRERA Y UNA HORQUILLA

Relato exclusivo de Manual para
salvar el mundo (y reconquistar a tu
ex)



Ginny Light

UNA CARRERA Y UNA HORQUILLA



Era el primer lunes de septiembre, un día bastante caluroso para ser finales de verano, pues en Silvermoon solía hacer más frío que calor, sobre todo en el último y primer trimestre del año. Por eso, Aurore ese día estaba delante del armario decidiendo qué ropa ponerse. Había optado por una falda plisada hasta los tobillos de un color burdeos y una camisa blanca de manga larga para verse mas regia y elegante en su primer día de clase; sin embargo, al ver que el termostato marcaba veinticinco grados decidió que la ropa que había elegido hacía una semana no le servía para nada.

Así que cogió unos pantalones vaqueros claros y una camiseta rosa con estampado de flores de colores y se la puso. Cómo odiaba los cambios de planes, aunque era preferible que estuviera cómoda en su primer día que muerta de calor y nerviosa. Daba gracias por que en la Academia hubiera un uniforme para los alumnos y así no tener que estar pensando todos los días en qué ponerse; mañana ya no tendría que tomar esa decisión.

—Aurore —se escuchó a su padre llamarla desde la planta baja—, nos tenemos que ir si no quieres llegar tarde.

Ella se miró por última vez al espejo de cuerpo entero de su habitación y suspiró. Cogió la mochila que tenía preparada a los pies de la cama y se la colocó en la espalda, dispuesta a comerse el mundo.

—¡Ya voy! —gritó como respuesta y se quedó en el umbral.

Miró por encima del hombro su cuarto y cerró la puerta. El viernes por la tarde volvería a casa a pasar el fin de semana y esperaba que sus padres no hubieran tocado nada de su espacio en su ausencia. Aunque sabía que su madre entraría en su habitación.

Bajó corriendo las escaleras de madera y en el último tramo dio un salto hasta llegar al recibidor donde estaban sus padres.

—¿Preparada? —le preguntó su padre.

Un hombre entrado en la cuarentena, con el pelo oscuro como ella y los ojos rasgados que ella había heredado, le sonrió mirándola de arriba a abajo.

—Esa no es la ropa que querías llevar —le dijo levantando una ceja.

—*Otōsan*, hace demasiado calor y, además, creo que es mejor que vaya lo más cómoda posible. A saber si nos obligan a hacer alguna prueba.

—Tienes toda la razón —le dijo poniendo la mano sobre su hombro—. Demuéstrale de lo que somos capaces los Yoshida.

Ella asintió con entusiasmo sintiendo que los nervios comenzaban a trepar por su garganta.

—¿Dónde está *okāsan*? —le preguntó a su padre—. Dijo que se despediría de mí.

—¡Estoy aquí, Aurore!—exclamó la mujer desde el salón

Su madre apareció llevando una pequeña caja en las manos.

—Te hemos comprado una cosa —dijo con una sonrisa en los labios mientras le tendía el objeto.

Aurore lo aceptó con manos temblorosas y la abrió. Dentro había un pasador de pelo dorado como el sol con una pequeña flor de sakura en el extremo más grande.

—Queremos que vayas bien guapa en tu primer día —dijo su madre apoyándose en su marido al mismo tiempo que este le rodeaba los hombros con el brazo.

—Y que siempre tengas la oportunidad de defenderte. —Su padre le guiñó el ojo.

—Es precioso. —Aurore notaba las lágrimas floreciendo en sus ojos y todos los sentimientos convertidos en un amasijo en su estómago.

—¿Quieres que te lo ponga en el pelo? —se ofreció su madre.

—*Aishitemasu* —le dijo a sus padres y los rodeó a ambos por la cintura, dejando caer la mochila a sus pies—. Gracias por permitirme ir a la Academia, aunque sé que no os hace mucha gracia.

Notó cómo su padre le ponía la mano en la cabeza y le acariciaba el pelo.

—Al final no es lo que nosotros queramos para ti, sino lo que tú quieres para ti misma. —Aurore lo miró con lágrimas mojándole las mejillas—. Recuerda esto Aurore: nosotros siempre cuidaremos de ti, pase lo que pase.

Ella asintió y se fundió con sus padres en un abrazo grupal que le supo a amor. Se separó y se puso de espaldas a ellos. Le tendió la caja a su madre.

—Por favor, *okāsan*.

Su madre se acercó con una risita en los labios. Le cogió parte del pelo negro, que le llegaba hasta la zona baja de la espalda, y con dedos delicados y hábiles le hizo un pequeño moño en la parte alta de la cabeza, que sujetó con la horquilla de flor de cerezo, y dejó la otra mitad del pelo suelto.

—Estás guapísima, cariño. —La hizo girar y la contempló—. Ya toda una mujercita.

Aurore notó que se le ponían las mejillas rojas y carraspeó.

—¿Nos vamos? —le preguntó a su padre.

La llevaría en coche hasta la Academia y la recogería el viernes a las cinco de la tarde para pasar el fin de semana en casa.

—Sí, despídete de *okāsan*. Te espero en el coche.

Salió de la casa y ella se quedó con su madre, que la abrazó apretándola muy fuerte contra ella para después darle un beso en la mejilla y mirarla a los ojos.

—Sé tú misma, demuéstroles lo maravillosa que eres.

Ella sonrió ante sus palabras, se caló bien la mochila al hombro y salió por la puerta.

—Nos vemos el viernes —le dijo mientras la seguía hasta el pequeño jardín de la entrada.

—Haz muchos amigos —le respondió la mujer.

Ella fue hasta el coche con paso decidido. Abrió la puerta del copiloto para sentarse y ponerse el cinturón.

—¿Preparada? —le preguntó su padre con una sonrisa en los labios.

—Me preparaste para esto —dijo Aurore sonriéndole de vuelta.

—Esa es mi niña. —Le guiñó el ojo y arrancó el coche.

El camino hacia la Academia fue tranquilo. Hablaron de lo que haría ese primer día. Previamente, el director daría una pequeña charla a los nuevos alumnos, luego se les indicaría su número de habitación en la residencia de la escuela y por último se les enseñarían las instalaciones.

Estaba deseando poder demostrar a los profesores y a sus compañeros su valía. Cuando recibió la carta de admisión se encontró con una gran sorpresa, pues le daban la enhorabuena por su magnífico examen de ingreso y por haber quedado la primera en la clasificación de los nuevos alumnos. Eso solo había conseguido reafirmar que su sueño de ser heroína era lo que quería hacer en la vida y que, por mucho que sus padres no lo desearan para ella, por el peligro que fuera a afrontar, ella estaba más que preparada.

Cuando llegaron, su padre aparcó en la entrada que se había abierto para permitir el paso a los coches de los familiares de los alumnos. Era el único día del año donde se dejaba que entrara gente externa a la Academia. El coche se detuvo en una pequeña planicie de gravilla sin apagar el motor. Su padre le dedicó esa mirada tan característica suya de cuando quería decirle algo importante.

—Hemos llegado —dijo ella cogiendo su mochila que había dejado a sus pies.

—Sí, espero que tengas un buen inicio de curso.

—Gracias, *otōsan*. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, los pelillos de su barba negra le hicieron cosquillas en la piel.

—Recuerda, Aurore. Nos caemos siete veces, pero nos levantamos ocho. —Su padre le ofreció el puño y ella se lo golpeó con el suyo.

—Lo recordaré. *Aishiteru yo, otōsan*.

—*Ore mo da yo, aishiteru yo*.

Salió del vehículo y se despidió de su padre moviendo la mano. El coche comenzó a ir marcha atrás y, tras unos instantes, se fue por donde había venido. Aurore suspiró, se ajustó la mochila a la espalda y miró a su alrededor. No tenía ni idea de hacia dónde ir. Sabía que debía ir hacia el teatro que tenía la Academia; sin embargo, no sabía por dónde quedaba. Supuso que habría alguien dando indicaciones o un mapa del recinto por algún lado.

A unos pocos pasos de distancia, vio un letrero con un mapa a color. Se acercó para poder estudiarlo, y entonces una persona se puso delante del cartel. El desconocido, que tenía el pelo rubio, le sacaba dos cabezas y con toda la envergadura de su espalda tapaba el mapa que ella quería consultar.

Suspiró, pues no pensaba interactuar con nadie tan temprano. A ver, se había mentalizado para hablar con personas, pero prefería poder ubicarse antes de tener que hacerlo.

Le tocó el bíceps al desconocido con el índice, dándole dos golpecitos, y este giró la cabeza para verla.

—¿Te importaría hacer el favor de mover el culo y dejar que los demás consulten el mapa?

El chico, de piel bronceada y ojos azules como el cielo más hermoso, parpadeó varias veces. Abrió la boca como si fuera un pez que no sabía cómo respirar fuera del agua. Ella frunció las cejas; él se quedó mirándola.

—Joder, quiero ver el mapa —le repitió molesta.

—Sí, p-perdona —dijo titubeando.

El joven se hizo a un lado; ella chistó con la lengua y se acercó al cartel informativo.

Lo consultó sin dejar de mirarle por el rabillo del ojo, porque este se había quedado a su lado y no paraba de intercambiar su mirada entre ella y

la leyenda del mapa.

—Esto, oye..., ¿es tu primer año aquí? —le dijo él.

Ella lo miró y frunció el ceño. El chaval, que la miraba con las mejillas rosadas por la vergüenza, le sonrió tímidamente. Ella suspiró. Se notaba que estaba nervioso, como ella, y a lo mejor se había pasado con las formas con las que se había dirigido a él. No tenía culpa de que su espalda fuera más grande que su cabeza.

—Sí —señaló el mapa—, estoy algo perdida.

—Yo también. Perdona por tapártelo. Es que a veces no me doy cuenta de lo grande que soy. —Miró hacia sus pies.

A Aurore le pareció que se veía mono y le recordó a un osito gigante de peluche.

—No te preocupes, yo a veces soy una borde, pero soy buena gente. O eso dice mi madre.

—Me llamo Jacob. —Él le tendió la mano.

Ella sonrió al ver su mirada cargada de emoción. Sus ojos azules eran tan bonitos que era imposible no sonreírle a aquel chico.

—Aurore, encantada de conocerte. —Le estrechó la mano.

Su mano blanca parecía la de un bebé comparada con la de Jacob, pues era el doble de grande que la suya. Ensanchó su sonrisa y su Talento comenzó a envolverla con una sensación de calidez que le calentó las venas, todo lo contrario a cuando iba a suceder algo malo a su alrededor.

—Podemos ir juntos hacia el teatro, si quieres —le propuso Jacob mientras sus manos seguían cogidas.

—Me parece bien —dijo ella soltando su agarre, sin darse cuenta se habían quedado cogiéndose más de la cuenta.

—Según el mapa es por ahí —dijo Jacob apuntado a un camino de gravilla que tomaba dirección hacia la derecha.

—Pues vayamos, no hagamos esperar al director Wycks.



La madre de Jacob lo había dejado en la entrada del edificio. Después de darle un par de besos en la mejilla y colocarle algún mechón rebelde que le tocaba la frente se fue. La pastelería no funcionaba sin ella; era la jefa. Jacob suspiró. No le había mencionado a su madre que el viernes fuera a buscarlo a las cinco y no sabía si su padre lo haría. Tendría que llamarla esa misma tarde para decírselo y otra vez el jueves para hacer otro recordatorio. Siempre se preguntaba cómo sus padres podían hacer tantas cosas, aunque sabía la respuesta, porque nunca estaban en casa cuando los necesitaba.

Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, no llevaba nada con él. Todas sus cosas habían sido empaquetadas y llevadas a la Academia en el transcurso del día anterior y ahora le estarían esperando en su dormitorio asignado. Tenía ganas de decorar su nueva habitación con los pósteres de los WildCats.

Cruzó la enorme puerta metálica con un intrincado diseño de pasamanería y comenzó a adentrarse en su nueva aventura académica. La verdad es que no sabía mucho del lugar, jamás se había interesado mucho por los Talentos y los superhéroes; aunque, cuando al final del curso pasado tuvo que elegir hacia dónde querían enfocar sus vidas laborales, él lo tenía claro: a algún trabajo donde pudiera ayudar a la gente y no ser un estorbo.

También hubiera querido ser jugador profesional de béisbol, pero solo podían optar a ser deportistas personas sin Talento o con un Talento no relacionado con una capacidad alta corporal y, para su desgracia, él había nacido con un metabolismo capaz de hacer crecer sus músculos y aumentar su fuerza. Y era como si estuviera dopado hasta las cejas.

Por ello, cuando el orientador le preguntó a qué quería enfocar su vida adulta, él se cruzó de brazos y le dijo que solo quería ayudar y no molestar a nadie. Tal y como le llevaba pasando desde los ocho años.

Siempre lo ponían el último en las clases, en las fotos, en cualquier actividad donde pudiera sobresalir y molestar a los demás. Nadie quiso jugar con él de pequeño, porque a veces su fuerza se descontrolaba y rompía cosas o le hacía daño a alguien sin querer.

Después de terminar los estudios obligatorios realizó el examen de acceso a la Academia y, para su sorpresa, le habían aceptado e indicado que había quedado el segundo. Por eso, en aquel momento, se encontraba en la entrada buscando dónde debía ir en su primer día.

Localizó a lo lejos un cartel y supuso que ahí habría algo de información. Despiestado y en su mundo, Jacob fue hasta él. Se quedó mirándolo un buen rato, absorto en sus propios pensamientos y deseando que en el comedor le dejaran servirse todo lo que pudiera comer, ya que tenía hambre y no era ni media mañana.

Entonces sintió cómo le tocaban el brazo derecho y giró la cabeza.

—¿Te importaría hacer el favor de mover el culo y dejar que los demás consulten el mapa? —le dijo una chica que lo miraba con el ceño fruncido.

Él miró a un precioso color miel que destacaba en sus ojos rasgados y en su piel blanca.

—Joder, quiero ver el mapa —le repitió molesta.

—Sí, p-perdona —le respondió titubeando.

Jacob se hizo a un lado y ella pasó para poder ver el mapa del recinto escolar.

Se quedó a su lado, parado, sin poder dejar de mirarla. Era preciosa. Su pelo negro estaba semirrecogido en un moño alto con una horquilla dorada, decorada con una flor rosa, y el resto caía sobre su espalda como una cascada hecha de noche líquida. Su piel era blanca como la luna y se fijó en sus brazos y en los músculos, fuertes y tonificados. Se notaba que practicaba algún deporte.

—Esto, oye..., ¿es tu primer año aquí? —le preguntó para romper el hielo.

Ella lo observó y frunció el ceño. Notó cómo se ponía rojo por la vergüenza. Su mirada brilló un instante y se volvió dorada, y se sorprendió aún más por su belleza. Le recordaba a una leona, salvaje, fuerte e indómita. Se maravilló.

—Sí —señaló el mapa—, estoy algo perdida.

—Yo también. Perdona por tapártelo. Es que a veces no me doy cuenta de lo grande que soy. —Miró hacia sus pies, incómodo y avergonzado.

—No te preocupes, yo a veces soy una borde, pero soy buena gente. O eso dice mi madre —le sonrió y el dorado de sus ojos se apagó.

—Me llamo Jacob. —Le tendió la mano.

Había visto a sus padres presentarse así alguna que otra vez y pensó que sería buena idea.

Ella le miró a los ojos y sonrió. Su corazón comenzó a golpearle el pecho con fuerza y tragó saliva.

—Aurore, encantada de conocerte. —Le estrechó la mano.

Su mano era pequeña en comparación con la suya, aunque de dedos fuertes y encallecidos. Ahora sí estaba seguro de que practicaba algún deporte. Y entonces, sintió una calidez recorrer sus dedos, una calidez que venía de ella y le calentó por dentro, lo que le sacó una sonrisa.

—Podemos ir juntos hacia el teatro, si quieres —le propuso Jacob mientras sus manos seguían cogidas.

—Me parece bien —dijo ella soltando su mano.

Jacob paró de sonreír, molesto por dejar de sentir la calidez que provenía de Aurore.

—Según el mapa es por ahí —dijo Jacob apuntado a un sendero de gravilla que tomaba dirección hacia la derecha.

—Pues vayamos, no hagamos esperar al director Wycks.

Ambos comenzaron a andar uno al lado del otro por el camino de piedras sueltas. Él no podía apartar la mirada de ella, se sentía atraído como un planeta a una estrella. Y decidió averiguar más cosas de su nueva compañera.

—Practicas algún deporte, ¿verdad? —le preguntó mirándola de soslayo.

Ella estaba escrutando el recorrido, sin perderse ningún detalle de la vegetación que lo envolvía.

—Kendo. ¿Cómo lo has averiguado? —Lo miró y se detuvo—. ¿Es tan evidente?

Él se detuvo también y le señaló las manos.

—Tu mano, a pesar de ser suave, tiene callos y tus brazos están muy bien definidos.

Ella alzó mucho las cejas y contrajo los labios, visiblemente contrariada.

—Perdona —se disculpó, notando que se ponía nervioso y rojo de nuevo—. Mi Talento me otorga hiperfuerza y bueno... Me fijo mucho en la musculatura de los demás.

—Vaya —le respondió sorprendida—. Nunca había conocido a alguien con ese Talento.

—¿Cuál es el tuyo? —le preguntó curioso.

Aurore levantó las manos y creó una pequeña bola de energía dorada crepitante entre sus dedos.

—Genero energía, mi sistema nervioso es muy potente. —Apagó sus dedos cerrando el puño y volvió a emprender la marcha.

—Es precioso —dijo fascinado.

Cada vez estaba más seguro de que quería conocerla mejor. Con unas pocas zancadas, se puso a su altura

—Y también soy muy lista —le dijo retomando la marcha—. Eso me hace la mejor.

Jacob rio entre dientes, su seguridad era envidiable para él.

—¿En qué puesto quedaste en el examen? Yo fui el segundo —le dijo orgulloso.

Ella le sonrió de nuevo con el brillo dorado en su mirada, que él ya había decidido que le encantaba.

—Fui la primera. Como te he dicho, soy la mejor.

—Estás muy segura de ti misma. —Silbó—. Pocos pueden decir eso.

—Voy a ser la primera heroína que llegue al puesto número uno en el *ranking* —dijo ajustando mejor su mochila sobre el hombro.

—Primero tendrás que superarme —le respondió picándola, con una sonrisa en los labios.

—Ya lo he hecho, Jacob. Tú eres el segundo y yo soy la primera —le dijo guiñándole el ojo.

Jacob sintió que se deshacía por dentro. Ese gesto le había parecido fascinante. Lo había visto muchas veces, pero en ella había sido demoledor para él. Era demasiado hermosa.

—Me apuesto algo a que no me ganas en una carrera —le dijo deteniéndose de nuevo.

Ella lo miró enseñándole los dientes parada frente a él.

—No soy idiota, si usas tu Talento claro que no voy a poder.

—Una carrera ahora. Sin Talento. El primero que llegue gana—le dijo sin saber muy bien que estaba haciendo.

Lo único que sabía era que esa chica le maravillaba y quería saber más de ella.

—¿Qué apostamos?



Aurore lo escrutó de arriba abajo, analizándolo. Era más alto que ella y pesaba el doble. A lo mejor podía ganar en una carrera a larga distancia. Aún quedaba un buen trozo hasta el teatro.

—¿Qué apostamos?

—El que pierda invita a un helado al ganador.

Aurore no lo pensó. Le encantaba demostrar que era la mejor en cualquier reto que se le pusiera en el camino.

—Trato hecho.

Ambos se dieron la mano. Después, Aurore se colocó la mochila bien en la espalda y se puso en posición.

—A la de tres —le dijo Jacob.

—Uno..., dos..., ¡tres!

Aurore salió disparada, corrió con todas sus fuerzas. Dejó a Jacob atrás y siguió corriendo por el camino de grava. Sus pies dejaron una estela de polvo a su paso mientras seguía corriendo. Cuando cogió una curva vio a Jacob a su lado, corriendo también a toda velocidad. Sin embargo, ella tenía algo de ventaja al ser más ligera.

Entonces apareció una piedra en el camino. Ella la esquivó saltando. Su mochila se elevó y le golpeó la nuca, haciendo que su horquilla cayera al suelo. Notó su pelo suelto y se detuvo. Sus padres le habían regalado la horquilla y no pensaba perderla. Así que se dio la vuelta, la cogió del suelo, perdiendo un tiempo valioso, y cuando reanudó la carrera ya era demasiado tarde. Jacob estaba demasiado lejos.

Él chico llegó primero y le sonrió, pero su sonrisa desapareció cuando se percató de su semblante.

—Te debo un helado —le dijo ella cogiéndose el pelo y haciéndose un moño rápido para colocarse la horquilla.

—No hace falta, Aurore —dijo moviendo las manos—. Ha sido divertido y con eso es suficiente.

—Siempre cumplo mis promesas, Jacob.

Pasó a su lado y entró en el edificio pensando en que tendría que esforzarse al máximo si quería llegar a ser la número uno, pues Jacob era un problema en su meta. A pesar de que le hubiera parecido un chico agradable y bueno, ella tenía claro lo que quería y nada ni nadie se interpondría en su camino.